

la parte doctrinal de la religion, sino en cuanto sea posible, en la parte de controversia, leyendo las innumerables y victoriosas apologías de la Iglesia, ya en lo general, ya sobre puntos particulares. De otra suerte, a cualquiera se deja aturrido con los viejos y gastadísimos alegatos de los excesos de la Inquisicion, con las vísperas sicilianas, con la liga de Francia, con los libros contra jesuitas, con lo que llaman venta de los sacramentos y de las indulgencias, y con otras mil mentiras ó especies tergiversadas, con que alucinan a la gente cándida é ignorante.

Si el propagador no espera ó no puede convertir a los incrédulos, trabaje al ménos por impedir el contagio ó el cáncer de sus ideas, previniendo y atajando la seduccion y el engaño. Escribiendo, platicando, disputando, recomendando y propagando buenos libros: de cuantos modos dicte la caridad, que es ingeniosa cuando es ardiente, procuremos mantener y aumentar en nuestros hermanos la fe, esa grande virtud, que es la primera y última tabla en el naufragio de la relajacion. Esa arma vencedora del mundo, como la llama San Juan; esa ancla que nos asegura en medio de las olas de la inmoralidad, de la política, de la impiedad y del filosofismo.

## A LAS SEÑORAS.

Ni una sola vez de las que he tomado la pluma para escribir este libro, se me ha olvidado la idea de que las señoras no tomarian para sí sus doctrinas y exhortaciones, porque, al parecer, se dirigen a solos los hombres. Libreme Dios de pensar, como ha llegado a decir un liberal en presencia de un Congreso: que las mujeres son cosas y no personas. Todo lo contrario. Las mujeres son la mitad de la especie humana, y solo el despotismo brutal de los paganos puede mirarlas con ese injustísimo desprecio. Ellas son tan necesarias en el mundo, cuanto son verdaderas las palabras de Dios en su principio: *No es bueno que el hombre sea solo*. No por los placeres de la concupiscencia, que es lo único que aprecian el bárbaro y el gentil, envileciendo a la mujer, sino por las ventajas morales que resultan al hombre de su honesta compañía. Así lo comprendió la religion, y rehabilitó luego a la mujer, volviéndole todo su valor perdido; haciéndola igual al hombre en sus derechos y respetos; santificando su amor en el matrimonio y ensalzando su virginidad en la

Iglesia. ¿Cómo habia de ser posible olvidarse de las señoras, y mas cuando se desea con empeño la propagacion de la moral católica?

Es cierto que todo libro, ó sermon, ó palabra, cualquiera que sea, dirigida al hombre, comprende los dos sexos, si su sentido no es exclusivo. Es verdad que las señoras, comprendiéndolo así, aceptarían este libro, y más sus miras y objeto. También es cosa vista, que hay en la época un espíritu de emulacion en las mujeres, de imitar a los hombres hasta en las formas de muchas piezas de su vestido, en el interés de las opiniones políticas, en la dedicacion a ciertos estudios. Noble emulacion hasta cierto punto. Pero este pensamiento no me satisfacía, y por lo mismo determiné dirigirme a solas las señoras al terminar mi humilde trabajo.

Desde que lo emprendí, pensaba de continuo que las señoras son siempre, en mucho mayor número que los hombres, cristianas prácticas, y por sus virtudes y su carácter, buenas propagadoras. En cuanto a lo primero, ¿quién no ve que en el cumplimiento de los deberes cristianos y de los preceptos de la Iglesia, son mil veces mas exactas que los hombres? Libres de las profesiones y oficios varoniles por la naturaleza ó por las costumbres antiquísimas y universales de las sociedades, ellas saben librarse

muy bien de los vicios, que son tan comunes en el otro sexo. La mujer jamás se avergüenza de la piedad y de la devocion; conserva su inocencia desde el lado de una buena madre, hasta los estados mas distintos de la vida. Siempre tímida para el pecado, es muy rara la mujer entregada a juego, embriaguez y otros malos hábitos de los hombres. Si estos no las adularan para corromperlas, y despues maltratarlas ó despreciarlas, ellas no podrían en manera alguna ser acusadas de causar el mal. En todas las edades, en todos los estados, en todas las condiciones y circunstancias de la vida, preciso es confesarlo, las mujeres son mejores que los hombres. Y no se diga en contra, que hay mujeres muy malas, porque al concederlo, se saca una gran prueba en favor de la generalidad, pues se señalan las malas porque la inmensa mayoría es buena. Era necesario hablar mucho sobre este punto, pero no me parece que es este el lugar. El caso es, que las señoras son y pueden ser mejores cristianas prácticas que los hombres, que pueden ménos y quieren mucho ménos.

En cuanto a ser propagadoras, pueden sacar todavía mucha mayor ventaja a los hombres. Parece nada la influencia de la mujer, y que se vea no más en la América del Norte lo que ha-

cen las ursulinas en sus numerosos y bien ordenados colegios, en donde, sin sentir, se conquistan sin violencia, para el catolicismo, innumerables niñas de las familias mas decentes, que prefieren esos establecimientos para sus educandas. La capital de México está mirando con edificacion multitud de señoras dedicadas al socorro del pobre y del enfermo, con una perseverancia y abnegacion, que da que envidiar al otro sexo. Una sociedad católica recientemente establecida, se ocupa, entre otras obras benéficas, de enseñar a los niños la doctrina. ¿Se dignará aceptar la humilde oferta que le hago del primer tomo de esta obrita, para ayudar a sus lecciones? Si es así, encontrará claridad, concision y noticias adecuadas a nuestras costumbres y obligaciones eclesiásticas; pero sobre todo, una sencillez tan de propósito, que puede llegar a fastidiar. Al asunto.

La mujer es propagadora si es jóven: ¿cuántas veces se exige al amante, al novio, la vida cristiana, la confesion, la comunión? La mujer es propagadora si es esposa; para exhortar a un marido tiene mas valor y mejores ocasiones que un misionero. La mujer es propagadora si es madre; a los hombres, dice un sabio, les toca dictar las leyes; a las mujeres formar las costumbres. La mujer es propagadora si es

amiga. ¿Quién tiene mas libertad para aconsejar a un hombre extraviado y aun echarle en cara sus errores, sino la mujer, escudada con la misma galantería y su amabilidad? La mujer, si es anciana, dirige y enseña a las hijas ó hijos, para arreglar la familia, para cumplir con los deberes paternales. En fin, por las mujeres se han condenado muchos, dicen los que no piensan; pero es porque han querido condenarse; diremos: por las mujeres se han salvado y se pueden salvar muchos, si quieren.

Por tanto, y mucho más que no hay lugar de decir, suplico a las señoras que tomen como para sí todo lo escrito, especialmente las exhortaciones, para propagar la moral católica con el empeño, con la perseverancia y con la sagacidad que faltan a muchos hombres; que propaguen esos admirables establecimientos de sociedades en todas las ciudades y pueblos de la República, mandando sus reglamentos é instrucciones, que sin duda no pueden ser otras que las que tiendan a la reforma de la moral cristiana. Que pongan su mira principal en el bien espiritual de sus favorecidos, recordando que ellas en varios tiempos han sido las que han exhortado a sus esposos é hijos a que se abstengan del mal, aun cuando ellas mismas hayan sido las víctimas de la miseria.

Para prueba del interés que tengo por su bien espiritual, les dedico el opúsculo que por via de apéndice se añade, y es un reglamento de vida, que variado en lo que deba variarse por la direccion de un confesor prudente, segun las circunstancias de cada una, puede en su fondo y sustancia servir para todas. El autor fué un gran bienhechor de sus prójimos y amigos. El traductor fué, en su juventud, el mismo humilde autor de este pequeño libro, que a las señoras pide y a todos los lectores, alguna oracion al Sagrado Corazon de Jesucristo, para que lo haga su verdadero devoto, y para que esta devocion se extienda y se encienda cada vez más en los corazones de todos los cristianos.

---

### MÉTODO DE VIDA PARA UNA SEÑORA,

ESCRITO EN FRANCES

POR EL P. BRIDAINE.

---

Mi amada hija en Jesucristo:

En cualquier estado en que os halleis, vuestro fin debe ser, no solamente servir a Dios y salvaros, sino servir a Dios del modo mas perfecto que podais, haciendo todo lo que os manda, todo lo que os aconseja, todo lo que desea de vos, y todo lo que reconozcais que debe contribuir a su gloria y a vuestra perfeccion.

Vuestro ejemplo será Jesucristo, cuyos sentimientos, inclinaciones, palabras y obras estudiareis, a fin de arreglar vuestros sentimientos a los suyos, vuestras inclinaciones a las suyas, vuestras maneras de hablar y obrar a las suyas, de modo que no os permitais pensar, amar, aborrecer, hablar ni obrar sino como El, acordándoos de aquella sentencia de San Pablo: que no seremos predestinados, sino en tanto que nos ha-